

LA NOVELA PICARESCA

AÑO I

Buenos Aires, Julio 2 de 1919

Núm. 18

Academia de maridos

Días pasados encontré a mi antigua amiga, Madame Mitaine.

Ignoro si la reputación de esta buena señora habrá llegado hasta vosotros. Para muchas personas, esa reputación sería detestable. Sin embargo, ninguno de los que han recurrido a sus buenos oficios, ha pensado jamás en quejarse.

La profesión que Madame Mitaine ejerce, no está clasificada oficialmente, ni figura en las Guías de la ciudad. Consiste en servir de lazo de unión entre los caballeros que, al acostarse por las noches, desean encontrar alguien con quien hablar, y las personas dispuestas a esa conversación, mediante — es entendido — una retribución honesta. Madame Mitaine interviene ante las partes contratantes. Se entrevista con ellas; excita la generosidad de unos y vence los escrúpulos de las otras. En fin, es algo así como una dama bien relacionada, que dé frecuentes fiestas, en las que mucha gente se conozca.

Digamos, si vosotros lo quereis, que es una intermediaria.

Su encuentro me produce siempre mucho placer. No porque ella me cuente en el número — bien selecto — de sus clientes; la exigüidad de mis recursos, y más todavía, la severidad de mis costumbres, me lo impiden. Pero ella conoce todos los "cancans", todos los pequeños misterios de París; tiene siempre algo picante y curioso para contarnos, y en su conversación hay cosas imprevistas y encantadoras.

Parecía estar muy apurada. Se lo hice notar:

—No me hable usted, respondió. Estoy en plena organización.

—Se dedica usted siempre al comercio?

—Hoy más que nunca. Y voy a agregar a mi industria una nueva sección en cuyo éxito fundo mis mejores esperanzas.

—Magnífico! Podría usted decirme de qué se trata?

Madame Mitaine buscó rápidamente en su enorme cartera, que no abandona nunca y extrajo una tarjeta que me tendió:

—Tome usted, dijo; esto se lo explicará.

Leí la tarjeta. Hela aquí: